

La buena letra del empollón

El punzante St. Aubyn no arriesga nada en *Sin palabras*: la sátira endogámica no le sirve para visibilizar la cara cojitranca de la sociedad en esta ficción sobre los premios literarios

Por Marta Sanz

NARRATIVA. A ST. AUBYN su fama lo precede. Su buena fama. La serie de novelas, protagonizada por Patrick Melrose, es del gusto de paladares exquisitos. Con razón. Por eso, mis expectativas al afrontar la lectura de *Sin palabras*, una sátira sobre el mundo de los premios literarios anglosajones, son grandes. Me dispongo a disfrutar de los puntos fuertes del texto, un diagnóstico de los tics del mundo que rodea y a la vez forma parte de la literatura. El escritor es consciente de que el contexto literario, sus bambalinas, presentaciones, premios, repercusión en suplementos o colocaciones en escaparates son factores inseparables del estilo: una prosa también se cincela nutriéndose del entorno y, por ello, resultan hilarantes los fragmentos en los que St. Aubyn parodia, los géneros y usos de una literatura donde lo popular, entendido como comercial, y lo literario, entendido como exquisitez para degustadores académicos o avezados lectores, se aproximan siguiendo la lógica de la rentabilidad: engendros *bestsellerscos*, que mezclan tramas de espionaje con un romanticismo calentorrio; o el naturalismo dialogado, el realismo semisucio, de *questasmirando*, novela nominada para el premio Elysian... El espejo deformante se aplica sobre posibles fragmentos de estas obras mientras el narrador se burla del gusto por los monólogos interiores traumatizados de niños sudafricanos; el *bildungsroman* autobiográfico; los testimonios de anoréxicas; la idea del lector como elector o el lugar común de que si Proust hoy fuera escritor nunca habría llegado a la final de un premio.

Los retratos de *Sin palabras* se escriben con caligrafía más gruesa: desde la escritora folladora Burns hasta Didier, el crítico que utiliza una terminología antisistema afrancesada, pasando por Penny, miembro del jurado, escritora infima y pésima lectora, o Vanessa, con la que sospecho que St. Aubyn solapa su punto de vista disfrazado de omnisencia: sólo ella entiendo que un recetario de cocina no es una

novela posmoderna y expone criterios "razonables" en torno a las buenas conductas estilísticas como por ejemplo el axioma, descriptivo de la *qualité* literaria, de que no hay nada más efímero que un tema candente. Que se lo digan a Capote. Este tipo de lugares comunes me lleva a preguntarme de qué me río y con quién. Porque el autor me coloca en la posición

prosa elegante, el humor inteligente y el ingenio como comportamientos literarios de alto *standing*. No se aparta de los viejos usos de esa comicidad, tan graciosa como abiertamente elitista, de Evelyn Waugh. St. Aubyn hace observaciones ingeniosas que nos remiten a una elocución wildesiana ya algo gastada: "Hacia una cosa mucho más emocionante que acostarse con ella: daba a entender a la gente que se acostaba con ella".

Dándole la vuelta al argumento con que comenzaba este comentario, me cuesta pensar en criticar el contexto literario sin cuestionar sus lenguajes. Porque St. Aubyn parodia a Welsh, pero no se aparta ni un milímetro de otras tradiciones de prestigio. Se produce en *Sin palabras* una desconexión artificial entre fondo y forma que busca el aplauso. Aquí un autor punzante como St. Aubyn no arriesga nada: la sátira endogámica, centripea, tampoco sirve para visibilizar la cara cojitranca de la sociedad en su conjunto. El campo literario se tiñe de amable indignidad y la sátira en vez de apuntar hacia ese didactismo, incluso moralista, relacionado con la corrección de los vicios, en *Sin palabras* cada oveja acaba con su pareja y casi todo vuelve a ocupar su lugar.

Como la piel de patito de goma después de espachurrarlo. Somos inmunes al escándalo, quizá porque nuestro escándalo y nuestras miserias no nos parecen tan escandalosos. Leo lo que espero y quiero leer, pero no me creo nada porque todo me suena a cartón piedra y a la buena letra del empollón que escribe subiéndole la nariz. Acabo el libro y me restringo los ojos: estoy viendo a St. Aubyn que se rie y entra en el salón de baile cogido de la mano de Michiko Kakutani, crítica de *The New York Times*.



Interior de una librería en Madrid. Foto: Santi Burgos

de reirme con él de otros. A su lado, en el palco de honor. La comunidad literaria, escritores y lectores, se rie de sí misma con complacencia suma. Se permite un respiro desmitificador para seguir adelante. Todos somos estupefactos y ésta es una novela para conoedores que reafirman sus prejuicios, que oyen lo que esperan oír y que se sienten incómodos frente a la deformación satírica. Esta comodidad que embarga tanto al lector del mundo como al lector profano se debe a que St. Aubyn escribe una sátira utilizando la

El padre y la memoria

Por Manuel Rico

POESÍA. RECUERDO HABER LEÍDO un brevísimo y memorable texto en prosa del portugués José Luis Peixoto (*Te me moriste*, 2004), cuya línea argumental era un canto de amor al padre muerto. Venía a añadirse a otras lecturas (Kafka, Olds...) que yo situaría en el ámbito de una poesía de la memoria familiar, a caballo entre el psicoanálisis y la ficción poética. *Carta al padre*, de Jesús Aguado (Sevilla, 1961), integrable en esa estirpe, es, sin embargo, un libro duro, lleno de miradas retrospectivas a un viejo sufrimiento, con escasas luces, muchas sombras y ternura escasa: "Estás muerto, padre. / Máchate de nuestras cabezas / y déjanos en paz".

Aguado, cuya poesía ha tenido, casi desde su primer libro, un perfil entre esencialista y filosófico, de indagación en los vínculos entre realidad y misterio, ha escrito un libro de *descarnado*, con un lenguaje directo, compuesto de cuatro apartados de los que los dos primeros, 'Padres' y 'Carta al padre', en prosa poética, aportan al libro los dos polos de la conciencia del sujeto poético: el padre no real, deseado o imaginado, el padre ideal de la ficción de la primera parte, y el padre vivido y sufrido descrito con una frialdad estremecedora de la segunda. Completan el poemario un acercamiento al padre agonizante ('Un padre muere'), compuesto por 13 breves textos de palabra balbuceante y verso corto, que parecen trasladar al lector el desconcierto del hijo; y dos "poemas-apéndice" en los que, de un lado, canta a la vida y a la esperanza en los padres (en el padre) previa al nacimiento, y, de otro, conjura el daño apelando al olvido, a partir de una visión ancestral procedente de la más primitiva cultura hindú: "No vuelvas, padre, / porque ya no tienes casa ni parientes". Emocionante y duro.



Carta al padre
Jesús Aguado
Fundación José Manuel Lara
Sevilla, 2016
82 páginas
11,90 euros

La mujer que despierta

Por Luisgé Martín

NARRATIVA. EN CINCO MINUTOS levántate María, que fue publicada en 2010 y que ahora recupera Malpaso, es un *tour de force* literario del que Pablo Ramos sale bien parado. La novela es el monólogo interior de una mujer que, en su sesentena, mientras remolonea en la cama antes de levantarse, recuerda toda su vida. Junto a ella está el cuerpo de su marido, cuyo nombre nunca conocemos, pues María le llama siempre "este hombre" como expresión de un conflicto que el relato desgrena lentamente.

El tiempo es proustiano: va y viene con un ritmo de espiral que nos escamotea interesadamente la continuidad de la historia y que deja en penumbra los tránsitos y



En cinco minutos levántate María
Pablo Ramos
Malpaso
Barcelona, 2016
161 páginas
18,50 euros

los episodios clave de su desarrollo. La memoria de María es arbitraria y temerosa: el autor nos deja sentir que muchas de las cosas que ella oculta se las oculta a sí misma.

En cinco minutos... tiene un parentesco muy cercano con aquellas *Cinco horas con Mario* en las que Miguel Delibes repasaba el vacío sentimental de una mujer sometida durante toda su vida a las convenciones, a las reglas del machismo y a los embates de la vida. María, como aquella Carmen Sotillos de Delibes, desvela los conflictos de su matrimonio y de su vida familiar en

una estructura de cebolla narrativa que va dejando al descubierto las desilusiones y los fracasos. El personaje de Ramos, sin embargo, menos simbólico y más carnal, ofrece todos los claroscuros posibles. El sentimiento de culpa y la culpa misma.

Sigue siendo llamativo, por inusual, que un autor masculino encare una novela desde una voz femenina. En *En cinco minutos...*, además, esa femineidad no es irrelevante, pues hay todo un análisis sociocultural que está pegado a ella y que sustenta el relato. Aunque yo, como lector masculino, pueda equivocarme, creo que Pablo Ramos hace un trabajo impecable de transformismo y que la voz de María está muy afinada.

En otra de las modulaciones de esa voz, en cambio, el autor resulta menos convincente. María es una mujer encerrada en una vida mediocre y provinciana, en un mundo de barrio, y sin embargo en varias ocasiones discurre con una prosa intelectualizada y con una capacidad conceptual que despintan al personaje. Le habría convenido una sabiduría natural, una recu-

rencia al sentido común y a la experiencia, pero a veces proyecta un tono doctoral demasiado elevado.

La novela está formada por "estas escapadas hasta el centro de no sé qué cosa, de mí, sí, de vos, María, de vos". Una serie de escapadas (a veces imperfectamente cosidas, como la historia del tío Héctor) en las que María viaja al centro de su propia conciencia y repasa sus múltiples fracasos vitales, pero sobre todo los tres más importantes: el de mujer que abandonó la vida para convertirse en esposa, el de esposa que fue encontrando la mediocridad de lo cotidiano y la violencia sorda de la dominación masculina, y el de madre que sufrió —y sigue sufriendo— el desgarró de su hijo más querido, Gabriel, encerrado en adiciones y en rencores.

En cinco minutos levántate María es una novela que ya había sido escrita antes, que no abre caminos ignotos, pero que tiene las tres virtudes que se le pueden pedir a un buen libro: el corazón comprometido, la ambición literaria y la escritura brillante.